



“XVII. Lo que siguió”

p. 199-218

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo XIII. Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista/El reverso de la conquista: relaciones mexicas, mayas e incas

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2013

444 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-724-052-5 (tomo XIII, pasta dura)

ISBN 978-607-724-051-8 (tomo XIII, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/599.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XVII. LO QUE SIGUIÓ

Introducción

Los templos y palacios, el gran mercado, las escuelas, las casas, todo quedó en ruinas. No pocos sacerdotes, sabios, guerreros y otros muchos, los dioses mismos, perecieron o no se supo más de ellos. Los presagios funestos que Motecuhzoma y algunos otros dijeron haber contemplado, parecieron cumplirse. Podía pensarse que la nación mexicana estaba herida de muerte. Pero, ¿es que acaso se perdió?

Los testimonios que aquí se incluyen muestran hasta qué grado algunos sacerdotes y sabios sobrevivientes lograron rescatar el doloroso recuerdo, en imágenes y palabras, de la tragedia ocurrida y del heroísmo que había sostenido a su pueblo. Algunos con la palabra evocadora, o en sus xiuhamoxtli, anales con pinturas y signos glíficos —sus códices—, y otros valiéndose ya del alfabeto adaptado por los frailes para representar los fonemas del náhuatl preservaron la memoria de los aconteceres ominosos, los actos de valor y muerte, su tragedia en fin.

Con el paso del tiempo, en tanto que la mayor parte de los libros sagrados fue reducida a cenizas, algunos ancianos sobrevivientes y luego varios de sus hijos y nietos, que también habían aprendido de los frailes el arte de la escritura alfabética, continuaron produciendo muchos relatos que hablan de su vida cotidiana y la difícil coexistencia con los hombres de Castilla. Redactaron escritos de diversos géneros: peticiones, quejas y demandas de justicia, numerosas cartas, crónicas y a veces compilaciones de tradiciones orales, cantares, poemas, piezas de teatro y también traducciones y adaptaciones de obras originalmente escritas en castellano o latín.

Todas estas expresiones integran una literatura muy rica en la que en ocasiones se mezcla lo indígena con el contenido y estilo de ideas y creencias introducidas por los europeos. Como podía esperarse, tema recurrente, que hasta hoy reaparece en algunas composiciones de nahuas contemporáneos, es el de sus diarios sufrimientos e incansantes confrontaciones. Muchas de estas producciones —las del periodo colonial y otras— se conservan inéditas en diversos archivos. No es raro encontrar allí páginas en las que reaparecen temas en estrecha relación con la Visión de los vencidos, aunque, variadas las circunstancias, cambien también los enfoques. Pero, dado que “Lo que siguió”,



casí siempre fue adverso a los hijos y nietos de los vencidos, diremos que hasta el presente, la secuencia de los textos mantienen con frecuencia un tono afín. Tan sólo en años recientes se percibe una luz de esperanza. No es ella regalo. Es palabra y consecuencia de la acción de quienes buscan ser ya dueños de su propio destino.

*Nahuas de noble linaje escriben al rey,
11 de mayo de 1556*

Sólo treinta y cinco años después de que los españoles habían tomado la ciudad de México-Tenochtitlan, un número muy significativo de nahuas, sobre todo tetzcocanos y mexicas, además de haber aprendido a leer y escribir en su lengua y en la de Castilla, estaban ya familiarizados con los procedimientos ordenados por la Corona española para presentar quejas, demandas, peticiones y otras formas de documentos. En particular, no pocos de los sobrevivientes de la antigua nobleza, así como algunos de sus descendientes y otros más de entre la gente del pueblo, educados en las escuelas de los frailes, habían desarrollado ya estas capacidades que de pronto supieron aprovechar.

Un hijo de Motecuhzoma, llamado don Pedro Motecuhzoma Tlacahuepantzin, y los gobernadores y jueces nativos de lugares tan importantes como Tlacopan (Tacuba), Iztapalapa y Coyoacán, se reunieron en 1556 para escribir al rey denunciando las muchas ofensas de las que ellos y sus pueblos eran víctimas. Describiendo dramáticamente, tanto en náhuatl como en castellano su situación, ofrecieron una triple imagen de los españoles. Una, la de aquellos con quienes tenían que coexistir; otra la que se habían forjado del rey, que era ya Felipe II, a quien, aunque no conocían, tenían por bueno y justo con sus vasallos, pero del todo lejano. Finalmente, otra era la imagen que habían concebido de un fraile dominico, fray Bartolomé de las Casas. Decían que buscaban a un varón “de toda cristiandad y bondad al cual recurramos con las cosas que se nos ofrecieren, porque muchas de ellas son de tal calidad que requieren sola vuestra real presencia”. Los argumentos exhibidos debieron impresionar al monarca.

*Al muy alto y poderoso Rey y Señor nuestro, don Felipe, rey de España
[...]*

Muy alto y poderoso Rey y Señor nuestro:

Los señores y principales de los pueblos de esta Nueva España, de México y su comarca, vasallos y siervos de Vuestra Majestad, besamos

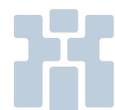
los reales pies de Vuestra Majestad y con la debida humildad y acatamiento suplicamos y decimos que, por cuanto estamos muy necesitados del amparo y socorro de Vuestra Majestad, así nosotros como los que a cargo tenemos, por los muchos agravios y molestias que recibimos de los españoles, por estar entre nosotros y nosotros entre ellos, y porque para el remedio de nuestras necesidades tenemos muy gran necesidad de una persona que sea protector nuestro, el cual resida continuamente en esa real corte, a quien acudamos con ellas y dé a Vuestra Majestad noticias y relación verdadera de todas ellas, pues nosotros no podemos por la mucha distancia de camino que hay de aquí allá, ni tampoco podemos manifestarlas por escrito, por ser tantas y tan grandes que sería dar gran molestia a Vuestra Majestad. Por tanto, pedimos y humildemente suplicamos a Vuestra Majestad nos señale al obispo de Chiapas don fray Bartolomé de las Casas para que tome este cargo de ser nuestro protector y a él mande Vuestra Majestad que lo acepte.

Y, si acaso fuere que el dicho obispo estuviere impedido por muerte o enfermedad, suplicamos a Vuestra Majestad en tal caso nos señale una de las principales personas de su real corte de toda cristiandad y bondad al cual recurramos con las cosas que se nos ofrecieren, porque muchas de ellas son de tal calidad que requieren sola vuestra real presencia, y de sola ella, después de Dios, esperamos el remedio, porque de otra manera nosotros padecemos cada día tantas necesidades y somos tan agraviados, que en breve tiempo nos acabaremos, según cada día nos vamos consumiendo y acabando, porque nos echan de nuestras tierras y despojan de nuestras haciendas, allende de otros muchos trabajos y tributos personales que de cada día se nos recrecen.

Nuestro Señor la real persona y estado de Vuestra Majestad prospere y guarde como vasallos y siervos lo deseamos. Deste pueblo de Tlacupan, donde todos para esto nos juntamos, a 11 días del mes de mayo, mil quinientos cincuenta y seis años.

Vasallos fieles y siervos de vuestra Real Majestad, don Esteban de Guzmán, juez de México. Don Hernando Pimentel. Don Antonio Cortés. Don Juan de Coyoacán. Don Pedro de Motecuhzoma [y otras firmas].¹

¹ Carta conservada en el Archivo General de Indias, Sevilla, Audiencia de México 168. Publicada y comentada por Miguel León-Portilla en: *Culturas en peligro*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1976, p. 102-103.



*Carta del Consejo de Huexotzinco al rey Felipe II,
30 de julio de 1560*

Es ésta una petición al rey solicitándole reduzca el monto de tributo impuesto por las autoridades novohispanas. Los autores de la carta eran miembros del Consejo de Huexotzinco, señorío que, antes de la llegada de los españoles, había luchado al lado de Tlaxcala contra la llamada Triple Alianza formada por Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacopan (Tacuba). En Huexotzinco había habido algunos importantes y bien conocidos gobernantes, asimismo poetas, opuestos a la actitud beligerante de sus poderosos vecinos. Este sentimiento parece aflorar todavía en este texto que muestra con ciertos detalles la antigua complejidad política de la región central de México. Se habla de los tlaxcaltecas pero no, como lo harían algunos mexicanos, reprochándoles su alianza con Hernán Cortés sino, curiosamente, para hacer ver al monarca que mucho más grande ayuda le proporcionaron los huexotzincas.

Hay en esta carta expresiones que podrán sonar a servilismo. En realidad, los huexotzincas no encuentran mejor argumento para liberarse de las cargas impuestas que recordar al monarca sus servicios. Visión de vencidos es ésta que —a pesar de su antigua alianza con los conquistadores— pone de manifiesto su actual situación de desgracia.

Católica Real Majestad:

Señor nuestro, nuestro reverenciado gobernante, tú, rey don Felipe, delante de ti nos inclinamos, ante tu majestad nos postramos y humillamos en tu presencia, señor que gobiernas, admirable y que estás lejos, gracias a quien todo lo puede, el Dador de la vida Dios. No es nuestro merecimiento besar tus pies, solamente desde lejos nos inclinamos ante ti que eres cristiano y mucho agradas a Nuestro Señor Dios. Porque tú eres su imagen aquí en la tierra [...]

Confiamos en ti, delante de Nuestro Señor Dios, que nos puso en tus manos para que nos guardaras y fuéramos tus vasallos y tus servidores. Por razón de Él, el Señor Nuestro Dios, y por tu muy admirable y muy grande majestad, acuérdate de nosotros, porque es muy grande nuestra pobreza, nuestra aflicción, las que se han producido aquí en la Nueva España, entre nosotros sus habitantes.

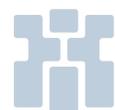
¡Oh señor nuestro, gobernante nuestro reverenciado, tú, rey don Felipe, nuestro señor, con nuestras palabras nos hacemos ver ante ti, nos situamos ante ti, nosotros huexotzincas! Yo, el gobernador, y nosotros los alcaldes y nosotros los regidores, y nosotros los señores y noso-

tros los nobles, nosotros los señores, nosotros gente tuya, nosotros tus servidores, con grande humildad te imploramos porque la desgracia que ha ocurrido entre nosotros es muy grande; la tristeza, la aflicción que nos oprime. No ha llegado a nosotros tu socorro, tu compasión, no hemos alcanzado a merecerla [...].

En verdad escuchamos y se nos dice que eres muy compasivo para con todos tus vasallos [...] que podamos ahora nosotros merecerlo, alcanzarlo, porque todos los días sobre nosotros se produce la pobreza, la aflicción, por eso gemimos, nos afligimos. ¿A dónde habremos de ir? Nosotros tus pobres vasallos, nosotros huexotzincas, los que vivimos en tu ciudad. Si no estuvieras tan lejos, muchas veces nos presentaríamos ante ti. Aunque mucho queremos y anhelamos acercarnos a tu presencia, no lo podemos hacer, porque somos muy pobres y nada parece lo que necesitamos para el camino, ni las embarcaciones, ni lo que habremos de comer, ni cuantas cosas se requieren para que nos acerquemos a tu lado. Por eso, ahora sólo con nuestras palabras nos presentamos ante ti, y en tu presencia exponemos nuestras pobres y tristes palabras. Que tu muy grande cristiandad y muy admirada majestad escuche nuestras tristes voces [...].

Cuando tus servidores españoles se acercaron a nosotros y vino el capitán general don Hernando Cortés, aun cuando no sabíamos de la omnipotente y muy compasiva Santísima Trinidad, Nuestro Dios, el Dueño del cielo, Dueño de la tierra, nos hizo favor y con su compasión nos iluminó para que te perteneciéramos, y nos hiciéramos gente tuya, tus vasallos. Ningún otro pueblo nos sobrepasó en esto aquí en la Nueva España en que primeramente nos arrojáramos ante ti, nos diéramos por ti.

Y también nadie nos amenazó, nadie nos obligó sino que en verdad Dios hizo que mereciéramos, voluntariamente perteneciéramos a ti y así recibiéramos alegres a los recién llegados españoles que se acercaron a nosotros aquí en la Nueva España. Porque, estando aún lejos, dejamos nuestras casas, así salimos, así de lejos fuimos a encontrar, a cincuenta leguas fuimos a saludar a él, al capitán general don Hernando Cortés y a los otros que él guiaba. Los recibimos con alegría, los abrazamos, con lágrimas los saludamos, aun cuando todavía no los conocíamos. Y nuestros padres y nuestros abuelos tampoco los conocían pero, por la misericordia de nuestro señor Dios, en verdad los conocimos. Porque son nuestros semejantes los amamos, no los atacamos. Les dimos de comer, los servimos. Algunos vinieron enfermos, así los llevamos en nuestros brazos, en nuestras espaldas, así los servimos de otras muchas formas que no podemos decir ya aquí.



Aunque aquellos que se llaman, se dicen tlaxcaltecas, que ayudan, nosotros mucho los presionamos para que ayudaran y nosotros los exhortamos que no hicieran guerra, pero aunque esto les advertimos, sin embargo hicieron guerra [a los españoles] durante quince días. Pero nosotros, cuando estaba afligido un español, siempre en verdad hicimos lo necesario para acercarnos a él. Nosotros no mentimos en esto porque bien lo saben todos los conquistadores, los que ya murieron y algunos que viven ahora.

Y cuando comenzaron su conquista y a hacer guerra, entonces también nosotros bien nos preparamos para ayudarlos, porque de nosotros provinieron los atavíos de guerra, nuestras armas y todas nuestras pertenencias y no sólo nombramos alguno sino que fuimos, nosotros los que gobernamos y también todos nuestros nobles y todos nuestros vasallos, los llevamos para que ayudaran a los españoles [...]

Y cuando conquistaron a los mexicas con barcos [bergantines], nosotros los ayudamos, les dimos madera, resina de pino para que hicieran sus barcos los españoles. Y, al conquistar a los mexicas y a cuantos estaban sometidos, nunca los abandonamos, ni tampoco los dejamos atrás. Y cuando fueron a conquistar Michoacán, Xalisco, Culhuacan y allá también en el Pánuco, y allá en Oaxaca, Tehuantepec y Guatemala, aquí en la Nueva España, cuando conquistaron e hicieron guerra, para que terminaran su conquista nunca los abandonamos. Tampoco nunca los dejamos en sus acciones de guerra, aun cuando algunos de los nuestros perecieron, aun cuando ninguno de nosotros fue nuestro merecimiento, en verdad bien cumplimos con lo que debíamos [...]

Señor nuestro, gobernante nuestro, también delante de ti decimos, hacemos ver que cuando se acercaron a nosotros tus reverenciados padres sacerdotes, los doce hijos de San Francisco a quienes envió el que está muy lejos, el señor sacerdote, Santo Padre, y a los que también tú enviaste teniendo compasión de nosotros, para que vinieran a enseñarnos el Evangelio, hacernos conocer la santa fe católica, la fe, para que viniéramos a conocer al Dios único, al Señor Nuestro Jesucristo, a nosotros huexotzincas, a los habitantes de tu ciudad, de igual manera tuvo compasión Dios, nos iluminó para que los recibiéramos con alegría.

Ahora, por ello y gracias a Dios, escucha estas nuestras palabras, todo lo que delante de ti manifestamos, decimos, para que te apiades de nosotros, para que ejercites tu poder, tu mando, nos consueles y ayudes en cada día que lloramos, nos afligimos. Estamos muy afligidos, oprimidos y como si fuera hacerse pedazos, a desapacercer tu ciudad de Huexotzinco. He aquí lo que nos está ocurriendo ahora. Sobre nosotros han impuesto tus tesoreros, oficiales y tu fiscal, doctor Maldonado,

un muy gran tributo que corresponderá a ti, es catorce mil ochocientos pesos, y también fanegas de maíz que habrá de ser lo que tenemos que entregar.

Señor nuestro, nuestro gobernante, antes nunca ocurrió así con nosotros, en todo el tiempo que vinieron a acercarse a nosotros tus servidores, tus vasallos españoles, porque en verdad tu servidor don Hernando Cortés, capitán general, Marqués del Valle, en todo el tiempo que aquí vivió junto a nosotros, siempre nos mostró amor, nos dio alegría, nunca nos perturbó, nos agitó. Aun cuando le dábamos tributo, siempre lo pidió con moderación, aun cuando dábamos oro, aunque era poco [...] Muchas veces nos decía que delante de ti hablaría, nos ayudaría, haría saber de cuántas formas te servimos, te ayudamos. Cuando él fue ante ti entonces tú lo confirmaste y le hiciste mercedes, lo honraste y lo premiaste por la manera en que te sirvió a ti, en la Nueva España. ¿Pero, acaso delante de ti se olvidó de nosotros? ¿De que manera lo habremos de decir porque nosotros no podemos acercarnos, no podemos hacernos oír de ti? ¿Quién en verdad entonces hablará por nosotros?

Y cuando tú enviaste a tu representante, el presidente, obispo don Sebastián Ramírez [de Fuenleal], a los oidores, licenciado Salmerón, licenciados Ceynos, Quiroga, Maldonado, ellos sostuvieron las órdenes que tú diste para nosotros, hombres en la Nueva España los habitantes de ella. En muchas cosas ellos nos ayudaron, aligeraron el gran tributo que teníamos y en otras muchas cosas que eran nuestros servicios nos los disminuyeron, nos los perdonaron [...]

Pero ahora, mucho cambia, se nos aflige y decimos, ¿acaso hemos hecho algo malo, nos hemos portado mal contigo, tú señor nuestro, tú el que nos gobierna o acaso contra Él, Dios omnipotente? Si hemos pecado contra Él, acaso has escuchado acerca de nuestras maldades y por eso ahora sobre nosotros cae un tributo siete veces más grande que el que pagábamos antes, aquel que era de dos mil pesos.

Y ahora decimos delante de ti que no pasará mucho tiempo para que perezca por completo y se destruya tu ciudad de Huexotzinco, porque no sabía de tributo ni lo daban a nadie nuestros padres, nuestros abuelos, los antepasados, porque no dependían de nadie [...]

Oh señor nuestro, tú que nos gobiernas, tú rey, en verdad nosotros confiamos en ti y en Dios que vive en el cielo, el Dios único. Confiamos en ti como en nuestro padre. Apiádate de nosotros, compadécete de nosotros. Sobre todo acuérdate de aquellos que viven entre los pastizales en los bosques, aquellos que nos causan llanto y lástima. En verdad vivimos en una pobreza igual que la de ellos, bien delante de ti aquí es-

tamos, porque así hablamos delante de ti para que no después te irrites contra nosotros, cuando hayan perecido, se hayan arruinado todos tus vasallos. Ya termina aquí nuestra palabra de triteza.

Y en verdad son muchas las cosas que afligen, que oprimen a tu ciudad Huexotzinco, las que no podemos describir [...] Esta carta se hizo en la ciudad de Huexotzinco el día 30 del mes de julio, en el año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, de 1560.

Don Leonardo Ramírez, gobernador. Don Mateo de la Corona, alcalde. Don Diego Alameda, alcalde. Don Felipe de Mendoza, alcalde [siguen otras firmas].²

Una de muchas denuncias, agosto de 1595

Además de escritos, como los que hemos visto, de prominentes personajes nahuas, dirigidos al soberano español, se conservan, también de los siglos coloniales, numerosas cartas, denuncias, quejas y peticiones de gente del pueblo, remitidas a autoridades de menor rango, visitadores, alcaldes y otros. Esta copiosa documentación —conservada en el Archivo General de la Nación, en México, y en los de no pocos pueblos, así como en repositorios de España y otros lugares— hace oír la palabra indígena. Revela cuáles eran los sufrimientos que afligían a los macehualtin, la gente del común.

Al redactar testimonios como éste, los escribanos indígenas que ejercían su oficio en muchos lugares del país, solían recrear los diálogos de quienes habían sido parte en el asunto que constituía el tema del escrito.

Aquí se presenta la denuncia que hizo en agosto de 1595 un Miguel Hernández, de Chiyauhtzinco, ante el sacerdote visitador Alonso Ruiz, que se encontraba en Huamuxtitan (Huamuxtitlan) en el actual estado de Guerrero. El asunto sobre el que versa la denuncia está tificado en el derecho canónico como “solicitud al administrar el sacramento de la confesión”. El caso fue que un clérigo llamado Bartolomé López, cura de Chiyauhtzinco, había incitado a la mujer del agraviado, Miguel Hernández, a que acudiera a dormir con él a cambio de dinero y ropa. En el Archivo General de la Nación hay no pocos documentos como éste que dejan ver, tal vez para sorpresa de algunos, la defensa que aprendieron a hacer los vencidos de sus derechos, hasta obtener se hiciera justicia en su favor.

² Carta conservada en el Archivo Histórico Nacional, Madrid, documento 165. Fue publicada en versión al inglés por Arthur J. O. Anderson, *et al.*, en *Beyond the Codices: The Nahuatl View of Colonial Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1976, p. 181-187.

Muy respetado señor:

Yo, Miguel Hernández, que tengo mi casa en Chiyauhtzinco, con respeto me presento ante ti, hago llegar mi petición a ti, mi muy respetado y reverenciado señor, señor doctor don Alonso Roiz, visitador, que aquí estás en el pueblo de Quamochtitla.

Y ahora delante de ti me inclino, me pongo de rodillas, voy al encuentro de tu mano de señor, porque nuestro sacerdote, Bartolomé López, cuando confesaba a mi mujer, no la confesaba, sino que allí la provocaba a pecar.

Le dijo: Hija mía, habrás de dejar por la noche a tu marido. En seguida le dijo mi mujer: Padre, ¿cómo habré de dejarlo, porque es un hombre fiero? Pero él luego le dijo: Hija mía, no tengas miedo de que él te haga algo, de que él averigüe acerca de ti. En verdad, si acaso conmigo pecas, te daré tomines [dinero] y tu camisa y tus faldas. Y si él, tu marido, te maltrata, yo luego iré a dejarte en Cuetlachcoapan [la ciudad de Puebla], al lado de mis parientes. En verdad, allí tú estarás contenta al lado de ellos. Pero luego mi mujer le dijo: Padre, allí me buscará, porque es muy fiero mi marido. [Él le respondió]: Hija mía, no te aflijas, porque entonces yo habré de golpear a tu marido, no te aflijas.

Pero tú señor, tú nuestro reverenciado señor sacerdote, si tú no vigilas, ¿cómo aquí, junto a él, mantendré [a mi mujer]? Si tú no lo haces salir del pueblo, ¿cómo junto a él, mantendré a mi mujer? Hace ya seis años que comenzó [el padre Bartolomé López] a incitarla a que pecara con él. Hace ya dos años que la hizo azotar a mi mujer, porque ella no consentía.

Pero mi reverenciado señor sacerdote, tú, el que no desea ser alabado, el que dijo allí, cuando confesaba a la gente, al lado del altar, el que dijo: Hijo, que se levante mi bastón para corregir, pero no temas, él habrá de levantarse [para corregir]. En verdad mi amigo es la gente del pueblo. ¿Acaso me envanezco porque no tengo la cabeza encrespada? Porque sólo soy vuestro amigo.

Así yo sólo a él: yo a ti te importuno, noble señor, señor que gobiernas, para que apliques tu justicia, porque él [Bartolomé López] mucho nos aflige, a nosotros los hombres del pueblo. Compadécete de nosotros, porque para esto tú has venido, para ayudarnos has venido. Así yo pido justicia delante de ti.

Miguel Hernández³

³ Archivo General de la Nación, México, Ramo de Inquisición, v. 146, exp. 5.

El rescate de la memoria

A fines ya del siglo XVI y principios del siguiente hubo en la región central de México un renacer historiográfico, logrado por hombres que bien merecen el calificativo de distinguidos investigadores nahuas. Sobresalen entre ellos Hernando Alvarado Tezozómoc [c. 1526-c. 1610], Cristóbal del Castillo [c. 1526-1604], Chimalpain Cuauhtlehuanitzin [1570-c. 1640] y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl [c. 1578-1650]. Este último, aunque tenía ancestros españoles, se preci6 siempre de su linaje tetzcocano.

Todos ellos inquirieron en las mejores fuentes a su alcance: algunos c6dices con pinturas y signos glíficos, así como en los testimonios de ancianos sobrevivientes, cuyos nombres consignaron en varios casos. Rasgo común en lo que escribieron sobre el pasado de sus respectivos pueblos y señoríos —México-Tenochtitlan, Chalco-Amecameca y Tetzcocho— fue el amor que demuestran por ellos y el afán de preservar el recuerdo de su historia.

Lejos de asumir posturas de resentimiento por cuanto ocurri6 a sus pueblos, consideran que lo más importante es reconstruir su identidad con sólido fundamento histórico. Siendo plenamente conscientes del drama de los vencidos, se propusieron restañar sus heridas mostrando a sus descendientes que provenían de gentes que fueron grandes creadores de cultura. Como muestra de estos rescates de la memoria, se ofrece una parte del principio de la Cr6nica mexicáyotl por Hernando Alvarado Tezozómoc:

Aquí se dice, se refiere cómo llegaron, entraron los ancianos, los nombrados teochichimecas, gentes de Aztlan, los mexicas cuando vinieron a buscar tierras, a merecerlas, aquí en la gran ciudad de México-Tenochtitlan, lugar de su fama, su dechado, el lugar donde se halla el tenochtli, el tunal silvestre, dentro del agua, donde el águila se yergue, donde ella grazna, donde se extiende, donde devora, donde es desgarrada la serpiente, donde nada el pez, en el agua azul, el agua amarilla, el lugar del encuentro, donde el agua hace espuma, dentro de los carrizales, los tulares, el lugar de reunión, donde se aguarda a gentes de los cuatro rumbos del mundo [...].

He aquí, aquí comienza, aquí se verá, está puesta por escrito la relación de su renombre, el relato, la historia del origen [...].

Así lo vinieron a decir, lo vinieron a asentar en su relato, y para nosotros lo vinieron a dejar en sus papeles los ancianos, las ancianas. Eran nuestros abuelos, nuestras abuelas, nuestros bisabuelos, nuestras bisabuelas, nuestros tatarabuelos, nuestros antepasados. Se repiti6 como un discurso su relato, nos lo dejaron y vinieron a legarlo a quie-

nes ahora vivimos, a los que salimos de ellos. Nunca se perderá, nunca se olvidará lo que vinieron a hacer, lo que vinieron a asentar, su tinta negra, su tinta roja, su renombre, su historia, su recuerdo.

Así en el porvenir jamás perecerá, jamás se olvidará, siempre lo guardaremos nosotros, hijos de ellos, nietos, hermanos menores, tataranietos, bisnietos, descendientes, su sangre, su color. Lo vamos a decir, a comunicar a quienes habrán de vivir, habrán de nacer, los hijos de los mexicas, los hijos de los tenochcas.⁴

La lucha en defensa de las tierras

A las muchas desgracias que afligieron a los vencidos —como la sujeción a sus nuevos señores, encomiendas y tributos— se sumaron las frecuentes pestilencias que provocaron una pavorosa disminución demográfica entre los indígenas. Sólo a partir del último tercio del siglo XVII comenzó a producirse una cierta recuperación poblacional. Ella trajo consigo la apremiante urgencia de poder exhibir títulos de propiedad que ampararan el derecho a las tierras.

Para responder a dicha necesidad los nahuas produjeron entonces una relativamente copiosa documentación que presentaron en los litigios a que dieron lugar sus requerimientos. En no pocos casos se elaboraron códices o manuscritos de estilo indígena, con pinturas, glifos y también con texto en náhuatl valiéndose del alfabeto. Dichos códices son designados como del “grupo Techialoyan”, en razón de que el primero que se descubrió procedía del pueblo de tal nombre en el Estado de México.

Otros textos se elaboraron también por ese tiempo con parecidos propósitos. Casi todos se presentaron como portadores de testimonios cercanos a los años de la Conquista que legitimaban la posesión de las tierras de la comunidad. Aquí se reproduce uno de esos escritos. En él aparece hablando un señor principal, que establece a su pueblo, consumada la Conquista, en el lugar que hoy se conoce como Santo Tomás Ajusco. La reconstrucción de lo que, hacia 1710, pudo recordarse o se pensó eran las palabras de los que, huyendo de males, allí se habían asentado, incluye expresiones de considerable dramatismo.

Mis queridos hijos:

Hoy el segundo día de Tóxcatl [una de las veintenas de días] de 1531, que pertenece al único y verdadero Dios que está en el cielo y en la

⁴ Hernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, edición de Adrián León, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1988, p. 3-5.

tierra y por todas partes en el mundo, mis queridos hijos, sabed que por todas partes se afligen todos los señores de los pueblos y también sabed qué es lo que han hecho y siguen haciendo los blancos hombres de Castilla. Es conocido cómo atormentan a los reverenciados señores, los que tienen a su cargo los pueblos, los que tienen el bastón de mando.

Es sabido cómo los atormentan porque les piden sus riquezas, porque no les dan todo el metal amarillo y también sus piedras preciosas. Es bien conocido cómo les arrebatan sus mujeres y también sus estimadas hijas doncellas. No están satisfechos sino sólo con el oro y las piedras preciosas. Se burlan de las mujeres de los señores. No están satisfechos sino cuando queman a los señores, como al muy grande y reverenciado Señor de Michoacán, el muy grande Caltzontzin. Y así lo hicieron también con otros señores que tenían a su cargo a los pueblos, los que mandaban allá en Xalapan, Tlaxcalan, Tehuantepec, Oaxaca y también con los señores de otros pueblos a donde se acercaron los envidiosos, hambrientos de oro, que se llaman cristianos [...].

¡Cuánta sangre se derramó, era la sangre de nuestros padres! ¿Y para qué? ¿Para qué se hizo así? Sabed porque sólo ellos quieren ser los que gobernarán, porque están hambrientos de oro, de las propiedades de los otros, porque quieren tenerlos debajo de sus pies [...].

Allá en Anáhuac, en México, bien se sabe que a Cortés, hombre de Castilla, allá en Castilla le fue dado poder para que viniera. Es él quien hace poco se nombra Marqués del Valle. Según se dice, se refiere que secretamente este señor Marqués vendrá a adueñarse de nuestras tierras y a nosotros nos impondrá el trabajo de la tierra, que las dará a pueblos distintos. ¿Y ahora a nosotros a dónde nos arrojará? ¿En donde nos colocará? Una muy grande tristeza nos aflige. ¿Qué haremos, hijos míos?

Mi corazón se fortalece, y acuerdo establecer aquí en la falda del monte Axoxco, Xaltícpac, sobre la arena porque, sólo desde abajo hasta aquí es el lugar de los hombres de Axoxco. De allá abajo hacia arriba, esta tierra es nuestra; nos la dejaron nuestros abuelos. Era su propiedad en tiempos antiguos.

Y me acuerdo, fundaré aquí un pequeño templo en donde le haremos su casa al nuevo Dios, el que nos han dado los hombres de Castilla, el nuevo Dios que ellos quieren adoremos. ¿Qué haremos hijos míos? Conviene que mojemos nuestras cabezas [que nos bauticemos], entreguémonos a los hombres de Castilla, así tal vez no nos maten. Sólo aquí permanezcamos, no vayamos más allá, no entremos más allá, para que no nos maten. ¡Que el verdadero Dios nos ayude a vivir al lado de la gente de Castilla y no muramos a sus manos!

Para que no muramos a sus manos, no disfrutemos de todas nuestras tierras. Reduciremos nuestros linderos y lo que queda que lo defiendan nuestros padres, los señores que mandan en Tlalpan, Topilco, Totoltepec, Aticpan, Tepetícpac y Xalatlaco. Para que no nos maten, mi voluntad es que todos nos bauticemos y adoremos al nuevo Dios, porque yo lo he calificado que es el mismo que ha de ser nuestro. Luego ahora corto y reduzco nuestras tierras, que ha de ser mi voluntad se empiecen nuestros límites por donde sale el sol y empezarán por donde llaman Tzitecomatitlan [...].

Yo pienso que por esta poquita tierra quizá no nos matarán. Qué importa si fue más grande la que conocíamos, pero ahora ya no es mi voluntad. Solamente porque no quiero que mis hijos sean muertos que sea no más esta poquita tierra. Sobre ella muramos nosotros y también nuestros hijos detrás de nosotros. Sólo esta tierra defendamos. A ver si por esto no nos matan. Óiganme, respóndanme hijos míos.⁵

La danza de la gran Conquista

De variadas formas los pueblos nahuas siguieron dando salida a sus recuerdos sobre lo que ocurrió a sus abuelos y antepasados en el encuentro con los hombres de Castilla. Una forma, de gran resonancia popular, fue a través de representaciones escenificadas con acompañamiento de música y danza. Existe, y ha sido objeto de estudio, el que suele llamarse “teatro de la Conquista”.

Una muestra de estas composiciones se siguió representando en náhuatl hasta fines del siglo XIX en el pueblo de Xicontepec (Villa Juárez) en el estado de Puebla. En la plaza principal del pueblo aparecían Cortés y Motecuhzoma teniendo a Malintzin como intérprete. Si bien los parlamentos en náhuatl dejan entrever la intervención de algún fraile en su composición, hay una parte que denota la admiración de los indígenas por Cuauhtémoc que también entra en escena.

Es cierto que en esta pieza teatral hay obvios anacronismos, como el que Cuauhtémoc llame a Motecuhzoma “Emperador, gran señor, monarca, como eres llamado aquí en la tierra que se nombra América”. No faltan tampoco

⁵ Testimonio de la fundación de Santo Tomás Ajusco, Archivo General de la Nación, México, Ramo de Tierras, v. 2676, exp. 4, y Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional de Antropología, Colección Antigua, v. 254, f. 259r-260v. El documento fue publicado con breve introducción por Marcelo Díaz de Salas y Luis Reyes García en *Tlalocan. Revista de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas de México*, v. VI, 1970, n. 3, p. 193-212.

aconteceres ficticios como el de un mortal combate entre Motecuhzoma y Cuauhtémoc en el que éste pierde la vida. De cualquier forma son elocuentes para los oídos nahuas las palabras de duro reproche y desprecio que dirige éste a Motecuhzoma por su actitud de sumisión ante Cortés. Éstas son las palabras atribuidas a Cuauhtémoc.

Emperador Motecuhzoma, gran señor, monarca, como eres llamado aquí en la tierra que se nombra América. Impropiamente eres llamado así porque ya no debes seguir llevando la corona, porque tú has perdido el valor y tienes miedo [...]. ¿Dime, si te atreves a hablar a esta gran ciudad? ¿Puedes darles algo a estos [los hombres de Castilla] que están abajo y fuera del país del que han venido?

Han llegado para burlarse de ti. Todos los que han venido aquí son españoles de bajo rango, que se han perdido, que vienen a decirte que en su país hay grandes ciudades, que hablan de otro rey que está a la cabeza del Imperio de Castilla, el nombrado Carlos V, y de una religión católica.

Ésas son meras historias, mentiras. Yo no creo en otros libros, aparte de los nuestros. Pienso que las palabras de estos extranjeros son sólo como sueños. Tú no tienes valor, pero yo sí lo tengo y voy a hacerles guerra y a poner a prueba la fuerza que dicen tener. Lo voy a ver y muchas artes que causan miedo habrán de practicarse. Allí están los pedernales, las flechas, las piedras. Los pedernales que llevarán consigo quienes marchen a la guerra, guerreros dignos de ser temidos, también chichimecas, como bestias salvajes que mantienen su bravura. Ellos hacen que confiemos ante nuestros dioses, ellos me dan gran conocimiento y saber. Yo seré su capitán. Yo les daré valor, a todos los que vengan juntos y sus ejércitos mostrarán todas las formas de guerra.

Tú perderás tu reino, tu corona y tu cetro. Tú perderás toda la estimación que te tenía porque ya te has entregado. Yo te buscaré en tu reino y tú sufrirás a estos perdidos que están aquí presentes, estos bandidos españoles, que han venido a presentarse. Vienen ellos a engañarte porque ya no mereces continuar teniendo el mando, el gobierno.

Lo merezco yo. Me pertenece porque soy fuerte de corazón, valiente. No quiero que la honra de los dioses venga a parar en nada. Tú verás, experimentarás, quién es el que se llama a sí mismo, el que es nombrado príncipe Cuauhtémoc. Tengo en mis manos fuego, estrépito, relámpagos y rayos, humo, arena, polvo, viento, remolinos con los que yo los haré retroceder. Si no quieren morir ellos, déjalos que regresen a

su país. Pero si no aceptan, perecerán sin que importe lo que tú hagas para tratar de impedirlo.⁶

Los manifiestos de Emiliano Zapata, abril de 1918

Hubo indígenas de lengua náhuatl y otros de diversos lugares del país, entre ellos yaquis de Sonora y mayas de Yucatán, que participaron en la Revolución Mexicana de 1910-1919. Emiliano Zapata, figura carismática y gran luchador en favor de los campesinos sin tierra, atrajo a buen número de nahuas y otros que también se sumaron a sus filas. Sin ser él un indio sino un mestizo, nacido en Anenecuilco, un pequeño pueblo de Morelos, conocía el náhuatl y la mentalidad indígena.

Su lucha pareció a algunos un levantamiento nativista y causó tal alarma que un prominente diputado de ideas conservadoras, José María Lozano, dio la voz de alarma: "Tras la aparente calma de Emiliano Zapata, el Atila se sublevó [...]. Es el libertador del esclavo, es el prometedor de riquezas para todos, ya no está aislado [...] ha ofrecido reparto de tierras y la prédica ya empieza a dar sus frutos [...] los indios se han rebelado".⁷

Existen varios testimonios que describen la alegría que sentían los nahuas al escuchar a Zapata que se dirigía a ellos en su lengua, la que conocía desde niño pues muchos la hablaban en su pueblo natal. Doña Luz Jiménez, cuyas palabras quedaron recogidas en el libro De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta, recuerda así la llegada de Emiliano al pueblo de Milpa Alta:

Lo primero que supimos de la revolución fue que un día llegó un gran señor, Zapata, de Morelos. Y se distinguía por su buen traje. Traía sombrero ancho y fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano [...]. Todos estos hombres hablaban mexicano casi igual que nosotros. También el señor Zapata hablaba el mexicano. Cuando todos estos hombres entraron a Milpa Alta se les entendía.⁸

⁶ Una copia con el texto náhuatl de esta "Danza" fue transcrita por la etnóloga Bodil Christensen en Xiuhteppec, estado de Puebla, y publicada por Byron McAfee en Tlalocan. *Revista de fuentes para el conocimiento de las culturas indígenas de México*, v. III, 1952, n. 3, p. 246-273.

⁷ Del discurso de José María Lozano, transcrito por Gildardo Magaña en *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 1937, p. 30.

⁸ Testimonio de doña Luz Jiménez en Fernando Horcasitas (editor y traductor), *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1974, p. 105.

Después de varios años de lucha y hallándose al frente de un ejército muy diezmado, Zapata intentó aumentar sus fuerzas expidiendo dos manifiestos en náhuatl el 27 de abril de 1918. En uno invitó a indígenas tlaxcaltecas que anteriormente habían seguido a Domingo Arenas, a pasarse a su lado. En el otro buscó atraerse a todas las gentes que vivían en poblaciones cercanas. Estos manifiestos constituyen uno de los últimos documentos públicos en náhuatl en los que, de nuevo, las imágenes de los vencidos y de quienes abusan del poder aparecen vívidamente pintadas. He aquí lo que manifestó Zapata en su primer manifiesto:

A VOSOTROS JEFES, OFICIALES Y SOLDADOS
DE LA DIVISIÓN ARENAS

Lo que todos nosotros esperábamos, ya lo hemos visto ahora, aquello que sucedería ahora o mañana: que vosotros os dividiríais de aquellos a quienes engendra Venustiano Carranza. Nunca os favorecieron ellos, ni os quisieron. Os pusieron muchos engaños y envidias. Bien visteis así cómo no os estimaron como a hombres; querían heriros, que no tuvierais honra, haceros a un lado. Ellos nunca os mostraron comportamiento humano y respetuoso. Nunca hubo en esos hombres comprensión adecuada, de efecto por otros, de estimación, en forma voluntaria, de un comportamiento propio de humanos, que proviene de lo humano, en cualquier cosa perteneciente a otros y en cualquier trabajo que alguien realizara. Dar vuelta el rostro contra el mal gobernante, os honra y borra el recuerdo de vuestra falta.

Nosotros que esperamos que logréis los principios por los que se lucha y la unidad de todos nosotros, los que nos apretamos junto a una bandera, para que se haga grande la unidad de corazones, la que nunca podrán destruir esos burladores de la gente y todos aquellos a los que engendra y enluta el carrancismo, nosotros, con todo nuestro corazón, sabemos olvidar la antigua separación; os invitamos a todos, y a quien quisiera de vosotros, para que os contéis al lado de nuestra bandera, porque ella pertenece al pueblo, y a nuestro lado trabajéis por la unidad de la lucha. Ello, ahora y ahora, es así el gran trabajo que haremos ante nuestra madrecita la tierra, la que se dice la patria.

Combatamos al que está allí, el hombre no bueno, Carranza, que ha sido para todos nosotros atormentador; fortalezcamos nuestra unión y así lograremos ese gran mandato, los principios de tierra, libertad y justicia; que cumplamos nuestro trabajo de revolucionarios decididos y sepamos lo que hemos de hacer, eso que es grande, en favor de nuestra madrecita la tierra, a vosotros invita el Cuartel General del Ejército Libertador.

Por ello hago esta palabra mandato y todos los que se apeguen a nuestra lucha, quienes quiera que sean, gozarán de una vida recta y buena. En ello va nuestra palabra de honra, de hombres buenos y de buenos revolucionarios.

Reforma, Libertad, Justicia y Ley
Cuartel General Tlaltizapán, Mor.,
a 27 de abril de 1918
El General en Jefe del Ejército Libertador
Emiliano Zapata/f.

Nota: Rogamos a aquel en cuya mano caiga este manifiesto que lo haga pasar a todos los hombres de esos pueblos.⁹

Los nahuas y los “coyotes” en la actualidad

Los nahuas perduran en México. En contra de lo que algunos habían pensado o aun deseado, la resistencia indígena después de siglos de adversidad ha hecho posible el renacer de un pueblo con una larga historia cultural. Hay más de cuarenta millones de indígenas en las Américas y cerca de dos millones de nahuas. El esfuerzo intelectual de un número cerciente de ellos ha hecho posible el nacimiento de una nueva literatura, atinadamente llamada Yancuic Tlahtolli, “Nueva Palabra”.

Entre los escritores nahuas contemporáneos hay algunos que son maestros que enseñan en comunidades rurales; también los hay que son periodistas, estudiantes en la universidad y profesionales de diversas disciplinas. Algunos dominan a la perfección su lengua. También están familiarizados con las creaciones de poetas prehispánicos como Nezahualcōyotl, al igual que conocen antiguos relatos, como los que integran esta visión de los vencidos.

Uno de los autores nahuas, Joel Martínez Hernández, nacido en la Huasteca (Hidalgo), de profesión maestro, ha expresado en náhuatl su pensamiento acerca del presente y el futuro de su pueblo. Conjuntamente ofrece una imagen de lo que él y otros llaman “coyotes”, refiriéndose a voraces individuos que tratan de apoderarse de lo poco que lograron conservar los indígenas.

⁹ “Manifiesto a los pueblos indígenas comprendidos en la zona de operaciones de la División Arenas, 27 de Abril, 1918”, Archivo Zapata, conservado en la Universidad Nacional Autónoma de México, exp. 29. El texto en náhuatl de éste y el otro manifiesto son objeto de comentario en Miguel León-Portilla, *Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1978.



OBRAS DE MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Algunos coyotes [hombres voraces no indígenas]
dicen que los macehuales [los de la gente del pueblo]
desapareceremos,
que los macehuales nos extinguiremos,
que nuestro idioma no se escuchará más,
nuestro idioma no se usará más.
Los coyotes con esto internamente se alegran,
los coyotes esto es lo que buscan.
¿Por qué es así, por qué causa
buscan que desaparezcamos?

No es necesario pensar mucho,
cuatrocientos años nos han enseñado
cuál es el deseo del coyote.
Al coyote se le antoja nuestra tierra
se le antojan nuestros bosques,
nuestros ríos, nuestra fatiga,
se le antoja nuestro sudor.
El coyote quiere que vivamos
en los arrabales de las grandes ciudades,
que por allí vivamos desnudos,
muramos de hambre,
que por allí nos hagan objeto de sus engaños,
nos hagan objeto de sus juegos.
El coyote desea convertirnos en sus asalariados
por esto desea que abandonemos
nuestras tierras comunales,
nuestros trabajos comunales,
nuestras ocupaciones de gente del pueblo,
nuestro propio idioma [...].

¿Qué es lo que haremos los macehuales,
gente del pueblo?
¿Nos abandonaremos sin luchar?
Es necesario que una o dos palabras
pongamos en nuestro corazón,
que internamente digamos,
que la luz llegue a nuestros ojos,
que vivamos en plena conciencia.
Varias tareas tenemos que afrontar.

Por ahora sólo unas cortas palabras diremos,
unas palabras a sus oídos diremos.

Nosotros los macehuales
no estamos en un solo lugar,
estamos dispersos, estamos regados
los de habla náhuatl en dieciséis estados,
estamos en ochocientos ocho municipios.
Por esto es necesario entender
que no sólo en nuestro rancho,
que no sólo en nuestro municipio estamos.
Nosotros los macehuales estamos por todas partes
de estas tierras de México [...].
Por esto bien podemos decir,
aunque quisieran que desaparezcamos,
los macehuales no nos extinguimos.
Los macehuales crecemos, vamos en aumento.¹⁰

Los nahuas vencidos y oprimidos durante siglos, han crecido ciertamente en número y, al igual que otros pueblos indígenas, son conscientes del derecho que tienen a preservar su propia lengua y cultura, incluso su autonomía. Con esta convicción, reflexionan sobre lo que ha de ser su destino. Los “otros”, imaginados y descritos en varias formas desde los días de la invasión española, deben ya enterarse de lo que ellos piensan. Su posición no es ya pedir concesiones o regalos. Como otros amerindios, al sur y al norte de este continente, hacen oír su voz expresando demandas que en el fondo se dirigen a terminar con la exclusión de que han sido víctimas. Saben que, para hacerse dueños de su propio destino, han de confiar en sí mismos. Un poeta nahua, Natalio Hernández Xocoyotzin, nativo de Naranja Dulce, Veracruz, ha expresado bellamente esta idea. He aquí su poema:

Necesitamos caminar solos

Algunas veces siento que los indios
esperamos la llegada de un hombre

¹⁰ Joel Martínez Hernández “¿Quesqui nahuamacehualme tiiztoqueh?”, en *Nahua Macehualpaquilistli [Alegría nahua]*, México, 1983, p. 4-9.



que todo lo puede,
que todo lo sabe,
que nos puede ayudar a resolver
todos nuestros problemas.

Sin embargo, ese hombre que todo lo puede
y que todo lo sabe
nunca llegará;
porque vive en nosotros,
se encuentra en nosotros
camina con nosotros;
aún duerme,
pero ya está despertando.¹¹

Dardos rotos, red hecha de agujeros, ¿fue todo un sueño? ¿La palabra y la triste realidad del pueblo fueron, como lo dijo un antiguo forjador de cantos, tan sólo “como las flores que se secaron”? Los nahuas saben que quien habrá de ayudarlos existe en ellos mismos, está despertando y comunica su fuerza al corazón mismo del pueblo. La significación de esto puede parecer nueva, pero si se presta atención a las palabras, podrá percibirse en ellas la antigua sabiduría de los abuelos nahuas:

No acabarán mis flores,
no cesarán mis cantos,
yo cantor los elevo.
Se difunden, se esparcen
y aunque parezca que amarillean
vivirán en el interior de la casa
del Ave de plumas preciosas.¹²

¹¹ Natalio Hernández Xocoyotzin, *Cempoalxóchitl. Veinte flores, una sola flor*, edición bilingüe, prólogo de Miguel León-Portilla, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987, p. 30-31.

¹² *Cantares mexicanos*, ms. 1628 bis, f. 16v, Biblioteca Nacional de México.